

viejo severo, intolerante por demás con los pocos años, me digo para mi conciencia que ha de haber sido también indulgente por demás consigo propio. ¡Pablo se ha quejado recientemente á su madre del rigor de su tío! Ha venido á verme la buena mujer, se ha echado á mis plantas, me lo ha confesado todo, rogándome que ablande al tío en favor del novicio. ¡Oh! he de hablarle, es ya un deber. Padre Lorenzo, padre Lorenzo, hace diez y seis años... Pero ¿qué digo? ¿Es él por ventura el único que sofoca la voz de la naturaleza por respetos humanos? ¡Yo mismo, yo!... (*Levantándose.*) ¡Qué suplicio! ¡no tener nada que hacer, nada con que adormir la conciencia! Por dicha, he aquí el alba. (*Acercándose á la ventana.*) ¡Llanura de Yuste! pareceme que ha envejecido como yo. ¡Cuán lozana me pareció cuando la crucé en medio de la pompa de mi gloria para venir á morir en ella! ¡Y hace dos días no morí ya en vida para el mundo? La campana ya. Vamos á coro, á cantar alabanzas al Señor; yo, yo que en otro tiempo me hallaba estrecho en mis estados, donde nunca se ponía el sol, que decidía con la vista de la suerte de los imperios, que conmovía la Europa con un fruncir de cejas... ¡y ahora uno de los acontecimientos de mi vida es cantar en el coro!

ESCENA IV

CARLOS V, PABLO

PABLO. Vienen á buscar á vuestra reverencia para los oficios.
 CARL. Siempre los mismos versículos, y cantados siempre en el mismo tono. No importa, ¡tengo placer en escucharme! ¿Y vos, hermano Pablo?
 PABLO. ¡Vaya, padre! ¿no he de tener? (Desentona!) No olvide vuestra reverencia al padre Timoteo. ¡Predica tan bien! Sus sermones son los únicos que puedo yo oír sin dormirme.
 CARL. ¿Dormís, vos, en el sermón?
 PABLO. Vuestra reverencia no me deja dormir de noche. Y vos mismo el domingo...
 CARL. ¿Eh?
 PABLO. ¿No tuve que tirar del hábito á su reverencia?
 CARL. ¡Silencio, bachiller!

PABLO. (¿Bachiller? El padre comete todos los pecados que me echa en cara.)

ESCENA V

Dichos, EL PADRE LORENZO, EL PADRE TIMOTEO

LOR. (*Bruscamente.*) ¡Dios guarde á su reverencia!
 CARL. Haga el Señor igual merced á las vestras, padre Lorenzo y padre Timoteo.
 LOR. ¿Parece que la gota atormenta siempre á su reverencia? Es fuerza acostumbrarnos á vivir con nuestro enemigo, como solíamos decir á bordo de las galeras de Su Majestad cuando venía la marejada. Tengo buenas nuevas que dar á su reverencia. Esta noche ha llegado al monasterio un joven mancebo, que ha sido recibido en vista de una orden de Su Majestad. Y como su reverencia ha pedido al padre prior otro novicio á quien instruir en sus ratos de ocio, nuestro superior os le va á enviar...
 CARL. De buena gana, padre, y lo más presto será lo mejor. Pablo, os dispense hoy de los oficios: quedaos en la celda para recibir al recién venido.
 PABLO. (*Inclinase.*) (¡Dispensación de oficios y una cara nueva! No empieza mal el día.)
 CARL. (*Al padre Lorenzo.*) Tenga su reverencia piedad de un enfermo, padre lector, y acórteme el camino conduciéndome por la escalera privada.
 LOR. Bien quisiera, pero Dios sabe dónde pára mi llave maestra.
 PABLO. (Y yo también lo sé.)
 CARL. ¡Paciencia! (*Tomando el brazo del padre Timoteo.*) Vamos, pues. Prestadme apoyo.
 TIM. (*Por lo bajo.*) ¿Osaré decir á vuestra reverencia: *Hoy por tí, mañana por mí?*
 LOR. (*Buscando en sus faltriqueras y mangas.*) Será fuerza buscarla.

ESCENA VI

PABLO

Busca, busca. El día en que, después de haberme predicado sobre el pecado de la ira me disteis un golpe con ella sobre los dedos, pasó de vuestra manga á la mía. Héla aquí: abre todas las puertas, hasta la del jardín. ¿Y la había de encontrar vuestra reverencia? No, sino colgaréla yo á los pies de Nuestra Señora del Amparo si me

abre las puertas del monasterio. A la manga. He visto á mi compañero. Parece triste.

ESCENA VII

PABLO, DON JUAN; UN NOVICIO, que deja un hábito sobre un sitial, y sale.

JUAN. (*Sin ver á Pablo.*) ¡Desarmarme! ¡Arrancarme de sus brazos, á pesar de sus lágrimas! ¡Que no pudiese vengarme! ¡Para siempre separado de ella!
 PABLO. ¡Santa María! habla de una mujer.
 JUAN. ¡Para siempre enterrado en este monasterio! Estas paredes me ahogan. Me volverán impío queriendo convertirme por fuerza. (*Cayendo en un sitial.*) ¡Desventurado!
 PABLO. Dame lástima.—¿Hermano?
 JUAN. (*Volviéndose.*) ¿Quién sois?
 PABLO. Pablo, vuestro compañero.
 JUAN. ¿Qué queréis?
 PABLO. Haceros servicio.
 JUAN. ¿Sí? ¿Qué convento es este?
 PABLO. El monasterio de Yuste.
 JUAN. (*Levantándose.*) ¿Yuste? ¿donde se ha retirado Carlos V?
 PABLO. Todos hablan de Carlos V.
 JUAN. El tomará mi demanda.—¿Puedo verle?
 PABLO. Há tres días que murió.
 JUAN. (*Cayendo de nuevo en el sitial.*) Y mi esperanza con él.
 PABLO. (He de decirle... ¿qué riesgo corro? Aquí no conoce á nadie: y me ha de ayudar.) (*Misteriosamente.*) No os aflijáis: yo os protejo.
 JUAN. ¿Vos? ¡pobre mozo!
 PABLO. Sed sumiso á las órdenes del reverendo á cuyo cargo venís.
 JUAN. ¡Yo á su cargo! ¡Mil diablos antes, el infierno todo!...
 PABLO. ¡Cómo jura!
 JUAN. Jamás. Dije que no he de ser fraile: no he de serlo.
 PABLO. Pero hablad más bajo: en el monasterio no se dice cuanto se piensa, y lo que se dice se dice por lo bajo.
 JUAN. (*Echando mano al hábito.*) Primero haré pedazos este hábito con los pies.
 PABLO. (*Conteniéndole.*) ¿Qué hacéis? Aquí se rabia cuanto se quiere debajo del hábito, ¡pero desgarrarle!... ¡se vería! (Hay que enseñarle desde el *Cristus*.)
 JUAN. ¿Qué queréis, pues?
 PABLO. Escuchad: tengo ocasión de libertaros; pero es fuerza disimular.

JUAN. ¿Podré?
 PABLO. Si la noche es oscura...
 JUAN. ¿Qué?
 PABLO. Con esta llave...
 JUAN. Acabad.
 PABLO. ¡Silencio! he aquí al padre.
 JUAN. Está visto: no lo sabré. (*Pablo canta á media voz un villancico.*)



ESCENA VIII

Dichos, CARLOS V

CARL. Hermano Pablo, id á cantar vuestros villancicos á mi huerta.
 PABLO. (Le diré dos palabras á sus naranjas. Obedezco.) *A don Juan poniendo el dedo en la boca.* Hermano, hasta luego.
 CARL. ¡Ea! andad.
 PABLO. (¡Cómo no se le escape la verdad! El que no sabe los usos de la casa.)

ESCENA IX

CARLOS V, DON JUAN

CARL. Llegad.
 JUAN. (Le aborrezco ya.)
 CARL. (Hay algo en él que me llega al corazón.)
 JUAN. Reverendo padre... (¡Buen aspecto!)
 CARL. ¿Pensáis pronunciar vuestros votos en esta casa?
 JUAN. Nunca supe mentir. Estoy en ella mal mi grado.

CARL. ¿Cómo?
 JUAN. Por fuerza se apoderaron de mí, y por fuerza me trajeron.
 CARL. ¿No teníais, pues, ningún protector?
 JUAN. Uno tuve: veinte años me trató como á hijo. Cometí faltas, es verdad. ¿Pero por ellas debía ser cómplice de una felonía él mismo, don Rodrigo Quesada?
 CARL. ¡Don Rodrigo Quesada! ¿Vos fuisteis confiado á don Rodrigo?
 JUAN. Al mismo.
 CARL. ¿Os llamáis don Juan?
 JUAN. Cierito.
 CARL. (¡El es! ¡Mi hijo! ¿Es posible?) ¿Vos, don Juan, vos desdichado, y junto á mí? ¿Vos forzado en este claustro?
 JUAN. Y para siempre. Mas ¿qué tenéis?
 CARL. ¡Oh! nada, nada. La compasión... el... (Sea yo dueño de mí propio.)
 JUAN. ¿Sabíais mi nombre?
 CARL. ¿No acaban de decírmelo? (¡Gentil presencia! ¡gallardo continente! ¿Y no he de abrazarle?)
 JUAN. ¿Pero conocíais á don Rodrigo?
 CARL. Héle visto en otro tiempo. ¿El acaudillaba á los que os trajeron?
 JUAN. El fué quien me puso la mano encima; él fué mi carcelero. Ni hablarle quise, ni mirarle. Con todo, cuando llegábamos á las puertas aun tuvo la osadía de decirme al oído: «Agradecedme que os conduzca á este monasterio: tenía orden de llevaros á otro.» ¡Aun he de estarle agradecido!!!
 CARL. (Reconozco á mi antiguo consejero.) ¿Mas de quién fué esa orden?
 JUAN. Del rey.
 CARL. (¡Su propio hermano!) ¿Del rey, decís?
 JUAN. Sorprendida tal vez por un cobarde caballero que quiso más bien deshonorarse, encerrándome, que cruzar su espada con la mía.
 CARL. Pero... ¿y vuestro padre?
 JUAN. En su nombre me persiguen. El es, dicen, quien me condenó á vivir, ó á morir más bien en esta cárcel.
 CARL. (Con viveza.) Es falso... quiero decir, es imposible. Que vuestro padre, por motivos que acaso él solo sepa, hubiese deseado veros abrazar una vida retirada, lo comprendo; pero ¡autorizar él propio tal violencia! ¡un padre! don Juan, es imposible.
 JUAN. ¿Fué nunca padre para mí?
 CARL. ¿Sabéis si pudo serlo?
 JUAN. ¡Ah! reverendo padre, me abrió los ojos

mi desventura. Me dicen que es muerto. Pero ¿quién sabe si vive todavía? Dios sabe si es algún prócer de esa corte devota, donde el que fué frágil en su juventud se vuelve hipócrita en su vejez. El cielo sabe si acaso persigue en mí un recuerdo molesto, un testigo acusador, y si fui fruto de alguna flaqueza humana, de que siente más vergüenza que remordimientos.

CARL. (Dios mío, ¡cuán cruelmente me castigas!)

JUAN. Tales son esos grandes de la tierra. Por borrar la huella de un yerro venden su propia sangre, entregándola en manos extrañas, arrojan un desdichado á la merced del azar, y ampárele quien quiera. Sepúltanle vivo en una tumba para que expie con sus austeridades un nacimiento de que ellos solos fueron culpables y, fiando su salvación de la penitencia de otro, viven en paz consigo propios, gozando tal vez de una opinión sin tacha. Por encubrir un yerro cometen un crimen; ¡y el mundo los honra!!!

CARL. Basta, mancebo, basta. ¿No teméis ser injusto con vuestro padre?

JUAN. Decís bien. Tal vez lo sea. Mi desdicha me arrastró. ¿Quién fué ese padre? ¿Quién? Díganmelo en fin, y, á pesar de cuanto oísteis, señor, daré el ser que de él recibí por vengar su honra puesta en duda, ó su memoria ultrajada. ¡Ah! Si dejó de existir, le lloro; si vive, le perdono.

CARL. Bien, don Juan, bien. Me acabáis de probar que sois digno de mejor suerte.

JUAN. ¿Qué decís? ¿Habré encontrado un amigo donde sólo esperé hallar perseguidores? ¡Ah! ¿Por qué murió tan presto Carlos V? Hubiérale acaso hablado por vuestra mediación.

CARL. ¿Qué le hubierais dicho?

JUAN. ¿Vos me lo preguntáis? Hubiera besado sus plantas. Hubiérale dicho: «Tengo valor, señor; tengo ambición de gloria, y quieren sepultar mi porvenir en la estrechez de un claustro. No tengo sino veinte años, y se tuercen las leyes divinas para imponermé una esclavitud sin término: soy, señor, súbdito vuestro, y me oprimen con mengua de las leyes humanas. Fuisteis harto grande para no ser bueno y justo, y debéis lanzaros entre el opresor y el desdichado.» ¿Pensáis que no le hubiera persuadido?

CARL. Más, don Juan: ¡hubiéraisle arrancado lágrimas!

JUAN. El me hubiera devuelto al mundo; ¿no es verdad? á la gloria, á aquel contento, en fin, cuyo recuerdo me mata lejos de ella.

CARL. ¡Lejos de ella! ¿Qué decís?

JUAN. Perdón, si os muestro mi corazón todo entero. Hay una mujer en la tierra que era mi vida, la mitad de mí mismo...

CARL. (¿Podiera yo en eso ver un crimen?)

JUAN. A punto ya de unirnos, nos separaron para siempre.

CARL. No me culpéis de indiscreto: me interesasteis, don Juan: os quiero servir, y he menester saberlo todo. ¿Su nombre?

JUAN. Doña Florinda Sandoval.

CARL. ¡Sandoval! ¡Cristianos nuevos! si no me engaño...

JUAN. ¿Qué importa?

CARL. Para el mundo mucho; pero ante Dios, decís bien: no es la fe mejor la más anti-gua, sino la más pura.

JUAN. ¿Sois monje y habláis así?

CARL. Don Juan, sois joven. ¡Mucho os queda que ver! Conozco esos Sandovales. Pres-tóme el padre de doña Florinda un servicio que mal pudiera olvidar: acuérdome además de haber visto muy niña á doña Florinda.

JUAN. ¿La visteis? ¡Belleza sin igual!

CARL. Prometía serlo. (Apartándose de don Juan para encubrir su emoción.) ¡Qué fuego, qué ternura en el mirar! Así era su madre. ¿Dónde sois idos, mis días de gloria y de ventura?

JUAN. ¿Hablasteis de mi madre? ¿La conocisteis por ventura?

CARL. ¡Yo!

JUAN. ¡Oh! sí; la habéis conocido: nombrádmela, por piedad. ¡Haced que yo la vea!

CARL. ¿Por qué suponéis que debo de haberla conocido?

JUAN. (Despechado.) Está visto: jamás hallaré respuesta á esa pregunta.

CARL. Vuestra desdicha, don Juan, me interesa. Es un deber religioso en mí el oponerme á una violencia que Dios condena. Saldréis de aquí.

JUAN. ¿Es posible? ¡por piedad, hoy mismo!

CARL. Lo espero; no os respondo así de ese enlace que anheláis.

JUAN. ¡Ah! Véame yo libre ahora, ¡libre no más!

CARL. Lo seréis: tengo alguna influencia en el monasterio: la emplearé.

JUAN. (Besándole las manos.) ¡Padre mío!

CARL. (Enternecido.) ¡Su padre! (Inclinado sobre don Juan, que se ha estado á sus pies, y á quien tiene abrazado.) ¡Hijo mío! dulce me hubiera sido hallar en vos un compañero, un amigo, y entregar mi alma al Señor sobre ese corazón que me hubiera amado... Pero no temáis: sabré sacrificar mi dicha á la vuestra.

JUAN. Hacedlo, y mi vida entera será poco para agradecer...

CARL. (No es hijo de una reina, pero vale más que el rey don Felipe.)

ESCENA X

Dichos, EL PADRE PRIOR, PABLO

PRIOR. (Trae á Pablo de una oreja.) Vengo, reverendo padre, á denunciaros un reo sorprendido en el acto de cobrar el diezmo de vuestras hermosas naranjas...

CARL. ¡Hermano Pablo! ¿No os tengo prohibido...?

PABLO. No soy el primero, reverendo padre, que se ha dejado tentar por el fruto prohibido. PRIOR. Ni seréis el primero tampoco en quien se castigue severamente el haber cedido á la tentación.

PABLO. (¡Pluguiera á Dios que me echaran de este paraíso!)

CARL. Más tarde ventilaremos eso, hermano Pablo. Por ahora, don Juan, llevaos á ese mozo á mi celda, y reprendedle... ¿me entendéis?

JUAN. Corre de mi cuenta, reverendo padre.

PRIOR. (A don Juan.) Podéis vestir el hábito, hijo mío. Es la regla.

JUAN. ¿Yo?

CARL. Es la regla. (Don Juan toma despechado el hábito, y sale con el novicio.)

ESCENA XI

CARLOS V, EL PADRE PRIOR, después don RODRIGO

PRIOR. Don Rodrigo anhela despedirse de ese mozo. La nueva de vuestra muerte le ha colmado de dolor: sin sacarle de error, le he dicho, reverendo padre, que en esta celda hallará á don Juan; pero si os pesa de verle...

CARL. No; bien está así; pero antes, reverendo padre, he de pedir os una gracia.

PRIOR. ¿Qué puede vuestra reverencia pedir que yo...?

CARL. Poca cosa por cierto; y no me la negaréis hoy que la elección os prepara un nuevo triunfo, en el cual no acierto á encareceros la parte de contento que me cabe. El mancebo que acabo de recibir no tiene vocación para la vida contemplativa; mandad, pues, que las puertas le sean abiertas. Bien veis que es poca cosa.

PRIOR. ¿Poca cosa, reverendo padre? La orden de Su Majestad...

CARL. Su Majestad fué inducido en error.

PRIOR. ¡En error! ¿Su reverencia lo cree posible?

CARL. ¡Ah padre mío! ¿Quién mejor que yo sabe si un rey puede engañarse?

PRIOR. Humildad que admiro. Mas ved que me hago delincuente para con el rey si desobedezco.

CARL. Pero lo sois para con Dios si obedecéis.

PRIOR. Para con Dios, padre es una cuestión, y para con el rey es positivo.

CARL. Es decir que mis ruegos... En buen hora. Lo exijo, y tomo sobre mí...

PRIOR. Tendré, padre, la amargura de...

CARL. Pero...

PRIOR. Pero... hermano mío, yo mando aquí.

CARL. (*Con indignación.*) ¡Yo mando, yo mando! (*Con resignación.*) Decís bien, padre prior. Su reverencia manda. Hice voto de obediencia; no seré yo quien dé el ejemplo de la rebelión.

ROD. (*Que reconoce al entrar á Carlos V.*) ¡Santo Dios! ¿Qué veo?

PRIOR. ¿Su reverencia me permite que me retire?

CARL. Vuestra reverencia manda aquí.

ESCENA XII

CARLOS V, DON RODRIGO

ROD. (*Pugnando por arrojarse á los pies de Carlos V, que se lo impide.*) ¿No me engañaron mis ojos? ¿Vuestra Majestad vive todavía? Creí, señor, ver su sombra saliendo de su sepulcro.

CARL. Decís bien, don Rodrigo. No soy sino una sombra de Majestad. ¿No lo oísteis? ¿No me dijo: *Yo mando?* ¡Se negó á dar libertad á mi hijo, á ese hijo que me ama ya sin conocerme! ¡Príncipe perfecto, don Rodrigo! ¿Qué noble continente! Pasiones impetuosas, ¿no es verdad? ¡Y una cabeza, don Rodrigo, más ardiente que la mía!!!

ROD. ¿A quién lo dice Vuestra Majestad?

CARL. ¡Ha presentido su cuna! Hijo del águila, ha menester aire y sol. ¡Vive Dios! Don Rodrigo, los tendrá. Sí, ¡la luz para sus ojos, y para sus alas la libertad! (*Corre á abrir la puerta de su celda.*)

ESCENA XIII

Dichos, DON JUAN, PABLO

JUAN. (*Con el hábito de novicio sobre sus vestidos.*) ¿Y vuestras instancias, padre mío?

CARL. Malogradas, don Juan, del todo malogradas.

JUAN. Sabía yo ya que este hábito había de serme aciago.

CARL. No os desaniméis. Don Rodrigo, á quien en efecto debéis agradecer el haberos traído á esta casa, nos ayudará con sus consejos.

JUAN. Que me saque de ella, y prometo olvidarlo todo.

CARL. Andad, hermano Pablo, y ved si alguien escucha.

PABLO. Corro y vuelo. (*Para no perder nada.*)

ESCENA XIV

Dichos, menos PABLO

CARL. Deliberemos.

JUAN. Advertiré á su reverencia que ese novicio puede sernos de grande utilidad.

CARL. Le oiremos.

ESCENA XV

Dichos, PABLO

PABLO. (*A Carlos.*) Nadie, reverendo padre, nadie.

CARL. Podéis hablar, Pablo, á la par que nosotros.

PABLO. ¿Yo, reverendo padre? Tanta honra...

CARL. Merecedla con vuestra discreción.

PABLO. Jamás digo sino lo que me callan.

CARL. ¿Qué os parece, don Rodrigo, que se haga?

ROD. Urge el tiempo, padre mío. Los criados de Su Majestad que nos acompañaron hasta el monasterio se volvieron ya á dar cuenta de la expedición. Ordenes más severas pueden llegar de un momento á otro. Vuestra reverencia debe de haber conservado algún amigo ó deudo en la corte. Que escriba en favor nuestro, y presto, y á quien pueda mucho. He ahí mi sentir. He dicho.

CARL. ¡Yo, pobre monje! ¡Olvidado! Por otra parte, os lo confieso, cifro mi orgullo en libertar á don Juan por mi propio esfuerzo. Quiero probarme á mí mismo que aún no he envejecido.

ROD. (*Siempre el mismo. Creándose dificultades para tener la gloria de vencerlas.*)

CARL. En consecuencia, se desecha el consejo, don Juan.

JUAN. Si he de deciros la verdad, mi mejor consejo fuera esa espada que veo pendiente de la pared, y que me prueba que habéis sido soldado.

CARL. He probado de todo un poco.

JUAN. Dádmela, pues, y si no me abriese paso...

CARL. Por más caballeresco que sea, don Juan, vuestro sentir, os diré que sería más conveniente en una fortaleza que en un monasterio. ¿No decíais que Pablo...?

JUAN. Le prometí secreto.

CARL. Hablad, hermano Pablo, os lo mando.

PABLO. ¿Vuestra reverencia me empeña su palabra...

CARL. ¿De qué?

PABLO. De que aun después de conocido mi arbitrio podré aprovecharme de él para mí mismo?

CARL. ¿Queréis dejarme, hermano?

PABLO. No á vuestra reverencia, sino el convento. No tengo vocación tampoco.

CARL. ¡Hermano Pablo!

ROD. (*Bajo.*) Ved, señor, que...

CARL. (*Bajo.*) Decís bien. Veamos. Hablad.

PABLO. Tengo dos medios. (*Enseñándole la llave.*) ¡Uno!

CARL. ¡Dios me perdone! ¡La llave maestra del padre lector!

PABLO. ¿Su reverencia olvida...?

JUAN. ¡Padre mío!

PABLO. (*Descubriendo la escala bajo la tarima.*) ¡Otro!

CARL. ¡Una escala de cuerdas!

PABLO. Con ésta se baja por esa ventana: con la otra se sale por la puerta excusada que da al campo.

CARL. ¿Sabéis, hermano, que mereceríais?... Con todo, no me ocurre nada mejor. No será la primera vez que un novicio habrá andado más discreto que todo un capitulo.

PABLO. La comunidad está en el refectorio, cuyas ventanas dan á la parte opuesta; y cuando está en tan santa ocupación, nun-

ca piensa en otra cosa. Aprovechemos la ocasión.

CARL. ¡En buen hora!

JUAN. ¡Honra y prez al hermano Pablo!

CARL. (*A don Rodrigo.*) En cuanto os veáis fuera de aquí, conducid á don Juan á casa del anciano duque de Medina: habladle de mí: no habrá olvidado aún á su antiguo amigo. Ocultos en su posada, esperad á recibir letras mías. Manos á la obra, don Juan.

JUAN. No he de hacerme de rogar.

ROD. ¿Queréis que á mi edad?...

CARL. Yo os tendré la escala. Pablo, tened



cuenta. (*Hace seña al novicio, que sale á la puerta á acechar.*)

ROD. ¿Vuestra reverencia se dignaría?...

CARL. A otros he ayudado á bajar, y de más alto.

ROD. (*Besando la mano á Carlos.*) ¡Dios guarde, pues, á vuestra reverencia!

JUAN. ¡A más ver, padre mío!

CARL. ¿Os vais sin estrecharme en vuestros brazos?

JUAN. Decís bien. Fuera ingratitud.

CARL. (*Conmovido.*) ¿Volveréle á ver?

JUAN. ¡Ah! Se me olvidaba. (*Va á desnudar el hábito.*)

PABLO. (*Acude presuroso.*) ¡Silencio! ¡Silencio! ¡El padre prior!

ROD. ¡Somos perdidos!

CARL. ¡Va á ver la escala!

PABLO. (*A don Rodrigo.*) Cerrad una de las maderas!